

Grégoire Delacourt

LAS CUATRO
ESTACIONES
DEL AMOR

Traducción:
ROSA ALAPONT



MAEVA

«Y nosotros éramos como esos farolillos de las fiestas nocturnas: las penas y las alegrías de diversos amores nos consumían.»

Valery Larbaud,
De la tierna edad

Pimpinela

Ese verano, Cabrel cantaba *Hors Saison* y todo el mundo cantaba a Cabrel.

Ese verano se había apresurado a hacer acto de presencia. De hecho, desde el último fin de semana de mayo, cuando la temperatura había subido de golpe hasta los veinte grados. Entonces se oyeron las primeras risas en los jardines privados, las toses secas provocadas por el humo grasiento de las primeras barbacoas y los gritos de las mujeres sorprendidas al sol, medio desnudas. Parecían gorjeos de pájaros. El pueblo entero era como una pajarera.

Luego los hombres comenzaron a reunirse al atardecer, con el fresco, para tomar los primeros rosados, muy fríos, a fin de burlar el nivel de alcohol, adormecer los maleficios y poder beber más. Y entonces empezó realmente el verano.

Ese verano estaba Victoire. Y estaba yo.

Victoire tenía el pelo dorado, ojos de esmeralda, como dos gemas ovaladas, y una boca tan carnosa como un fruto maduro. Mi más hermosa victoria, decía su padre riendo, encantado con su ocurrencia.

Aún no era la mía, pero me estaba acercando. Lentamente.

Mi madre decía que yo ya tenía cierto porte de adulto que, según ella, a quienes lo habían conocido les recordaba a mi padre. Mi voz era casi grave, ronca en ocasiones,

como la de algunos hombres al amanecer. Un bozo oscuro me sombreaba el labio. Por entonces el resultado no se me antojaba muy estético, pero las esmeraldas de Victoire tenían el don de ver más allá de las cosas.

Yo era su amigo. Y soñaba con ser mucho más.

Mi madre había perdido el trabajo a principios de ese año. Cuando empezó a hacer mucho frío.

Era dependienta en Modes de Paris, en la calle de Esquermoise de Lille. Y eso que su encanto y su delicadeza habían obrado maravillas, y su gusto, tan certero, había embellecido y estilizado muchas siluetas rellenitas. Sin embargo, nada había impedido el fango de la injusticia.

Tras semanas de lágrimas y de martinis, decidió volver a tomar las riendas de su vida. Se matriculó en un curso de contabilidad. A falta de disponer de dinero, decía, al menos podré contar el de los demás. Me gustaba su ironía de superviviente. Se cortó el pelo y se compró un vestido primaveral rosa pálido que subrayaba con insolencia su esbelta cintura y su recatado busto.

A la muerte de mi padre –un ataque al corazón al volante de su coche rojo, que lo mató en el acto y causó otras tres víctimas–, mi madre no tuvo ánimos para entregar su corazón a ningún otro hombre.

Nada podrá sustituirlo, ni nadie, se lamentaba, soy mujer de un solo hombre, hice una promesa.

Creía, como por entonces yo mismo ansiaba creer, que el amor era único.

Yo tenía tres años cuando ocurrió. No recordaba a mi padre. La ausencia de imágenes, de olores, de brazos fuertes

y de besos que raspan hacía llorar a mi madre. Con todo, se aplicaba a dotarlo de existencia. Me mostraba las fotos de sus comienzos: en un jardín, en la playa de Étretat, imágenes desenfocadas en un vagón de tercera clase, en la terraza de un restaurante, junto a una fuente de Roma, en una bonita plaza detrás del palacio Mattei di Giove; sobre una cama inmensa, muy blanca, sin duda una mañana, él mira al objetivo, debe de ser ella quien hace la foto, él sonrío, se le ve guapo —Gérard Philippe en *Le Diable au corps*—, cansado, feliz, nada puede ocurrirle. Yo no existo todavía. Tan solo son las primeras imágenes de una gran película de amor.

Mi madre me hablaba de sus manos. De la suavidad de su piel. De la calidez de su aliento. Me hablaba de la manera en que me tomaba en sus brazos, con torpeza. De su modo de acunarme. Tarareaba las canciones que él cantaba a mi oído de recién nacido. Lloraba al ausente. El silencio. Lloraba sus miedos, y su llanto la aterraba. Al contemplar las escasas fotografías, imaginaba las arrugas que tendría en la actualidad. Ahí, ¿lo ves?, sus ojos serían como pequeños soles. Y su ceño fruncido, aquí, se habría acentuado todavía más. También tendría algunas canas, ahí y ahí, y aún estaría más guapo.

Y entonces se levantaba y corría a su habitación.

Al ir haciéndome mayor, soñé con un hermano, o en última instancia con una hermana, y, por qué no, con un perrazo afable, pero mi madre seguía fiel a su gran amor perdido. Y ni siquiera el encanto seductor —«hollywoodiense», decían en el pueblo— del joven farmacéutico que bebía los vientos por ella, ni siquiera los perfumes, los bombones, las promesas o los ramos de flores la hicieron cambiar de opinión.

Ese verano mi madre aprendió el capítulo de los gastos y pérdidas. La lista de tablas y gráficos. Los envases no recuperables.

Ese verano me convirtió en su profesor particular. Su maestro. Me llamaba «mi hombrecito». Afirmaba que cada vez me parecía más a mi padre. Se sentía orgullosa. Me quería. Me sonreía mientras yo me hacía cortes en la lengua a fuerza de lamer los sobres en los que ella había metido sus currículums, sus botellitas arrojadas al mar. Me tomaba la mano. La besaba.

—Siento mucho lo de este verano, te pido perdón, Louis.
Ese verano no nos fuimos de vacaciones.

Vivíamos en Sainghin-en-Mélantois.

Un pueblo que no tenía nada especial y que uno confundía con cualquier otro. Una iglesia de san Nicolás del siglo XVI. Un bar de apuestas hípicas, Le Croisé. Un supermercado, 8 à Huit. Una panadería, Dhaussy. Una floristería, Rouge Pivoine. Un Café du Centre. Otro café. Y otro más, donde quedaban estibados los que habían dejado de navegar. Se decía que bebían venenos que los hacían tambalearse y hablar de barcos y de tempestades y de cosas que no habían conocido pero que recordaban. De fantasmas. De lugares que habían visitado sin moverse jamás de allí, por los azares de una guerra o en pos de una muchacha. Uno de ellos me trincó una tarde, a la vuelta del colegio. ¡Una tonkinesa, chavall!, vociferaba, con un cuerpo de diosa, un putón espléndido, ah, una guarra con ojos como la noche. Algún día conocerás eso, rapaz, ese inmenso fuego, todo tu cuerpo ardiendo.

No se equivocaba.

Las mujeres de sus sueños nadaban en el fondo de su copa. Se decía que en sus rostros se leían los mapas y el sufrimiento de aquellos países a los que jamás habían ido.

Sainghin-en-Mélantois. No muy lejos de los bares, extendiéndose hasta los lindes de los extensos campos de remolacha y de cereales, surgían a la vista las casas de ladrillo y los jardines medianeros como un *patchwork* fortuito. Al igual que los caminos de tierra que llevaban al bosque de La Noyelle, donde, cuando empezaba el buen tiempo, los chiquillos «se hacían los hombres» delante de las chicas con sus carabinas, apuntando a los gorriones y los jilgueros, que, a Dios gracias, volaban más rápido que sus perdigones.

Un pueblo donde todos se conocían, pero en el que se callaban muchas cosas, tanto las verdades como las mentiras. Un pueblo donde se murmuraba que el dolor de unos suponía un consuelo para la mediocridad de otros. Donde la ausencia de futuro suscitaba ideas tristes, provocaba arrebatos de cólera y hacía desaparecer a gente en plena noche.

Los padres de Victoire poseían una gran casa de ladrillo naranja algo apartada de la carretera que lleva a Anstaing. Su padre era banquero, trabajaba en la sucursal del Crédit du Nord situada en el número 8 de la plaza de Rihour, en Lille. No es nada divertido, decía Victoire, siempre viste como un viejo, y cuando intenta sonreír le sale una mueca. Su madre, un ser enfermizo al que su propia sangre había estado a punto de envenenar, se dedicaba a «sus labores». Era de ella de quien Victoire había heredado la tez de porcelana; eran de ella los modales delicados, los gestos precisos, como si supiera que iban a ser los últimos; de ella su sentimiento absoluto, peligroso —de lo que yo no sería

consciente hasta más adelante—, del amor, pero sobre todo del deseo. Escribía poemas y su marido banquero costeaba la publicación; breves opúsculos que ella leía en público una tarde al mes, en el salón de su espaciosa casa. Corría el rumor de que las rimas iban acompañadas de té y pasteles de Meert con los que su auditorio se deleitaba. Más que en el desconcertante lirismo de la poetisa, era en los dulces donde radicaba la verdadera poesía: la que hacía rimar «vainilla» con «soletilla», como en los versos «Helado de galletas de Flandes a la vainilla / Mousse de chocolate negro con bizcochos de soletilla».

Victoire tenía una hermana mayor, Pauline. Una belleza de diecisiete años con un toque oscuro y turbador que me asustaba y me fascinaba a un tiempo. Era algo que tenía que ver con la carne. Con sus vértigos. Y si de vez en cuando, por la noche, a mis quince años henchidos de savia, de impaciencias, incluso de urgencias, se daba el caso de que soñara, era el cuerpo de Pauline el que evocaba.

Pero era a Victoire a quien amaba.

Recuerdo la primera vez que la vi. Hace más de trece años.

Fue en la biblioteca pública, en la calle del Maréchal-Leclerc. Había ido a buscar unos cómics. Ella ya estaba allí, con su madre, que buscaba desesperadamente un poemario de Henri Michaux. Decididamente, aquí no hay de nada, esto no es una biblioteca, es una tomadura de pelo, se quejaba irritada. Pero ¿quién lee poesía en la actualidad, señora? ¡Poesía! ¡En Sainghin-en-Mélantois! Dedíquese más bien a la novela policíaca,

tenga, en el protagonista de este libro encontrará poesía, redención, perfidia, «infinitos turbulentos», almas que se hacen pedazos.

Victoire me miró, divertida por el tono de los adultos e incómoda por el de su madre. No tendría más de once años. Una rubia de cine, una languidez al estilo de la Bardot. Unos ojos increíbles que solo más tarde supe que eran del color de la esmeralda. Y una audacia imprevisible.

Se me acercó muy seria.

—¿No sabes leer? ¿Por eso eliges libros con ilustraciones?

—¡Victoire!

Se encogió de hombros.

—Tienes suerte, ni siquiera necesitas preguntarme cómo me llamo.

Y se reunió con su madre. Afortunadamente para mí.

Porque, pese al hilillo de sudor helado que me recorría la espalda, de pronto había sentido calor.

Porque habría sido incapaz de pronunciar una sola palabra.

Porque mi corazón, al igual que el de mi padre, acababa de estallar.

A principios de julio, medio pueblo tomó la carretera de Le Touquet o la de Saint-Malo, y el otro medio, la de Knokke-le-Zoute o la de La Panne.

Victoire y yo nos quedamos en Sainghin. Como mi madre, que seguía trabajando en su contabilidad. Y como su padre, que hacía muecas mientras estudiaba las demandas de préstamos estudiantiles, y su madre, que se esforzaba por extraer de su doliente pluma las palabras susceptibles de conmover algún día el corazón del mundo y aliviar la melancolía de los resignados. Pauline se encontraba en España, vivía de noche a base de ponche Caballero y de desconocidos.

Teníamos de vecinos a los Delalande. Habían llegado de Chartres dos años atrás, en 1997. A él lo habían trasladado a varios kilómetros de aquí, a Fretin, a la sucursal del fabricante de componentes de automóvil Quinton Hazell; en cuanto a ella, al año siguiente consiguió un puesto de docente de exégesis bíblica en la Universidad Católica de Lille. Cuarentones y sin hijos, formaban una pareja muy atractiva. El marido se parecía a Maurice Ronet, con un toque más sombrío. La mujer, a Françoise Dorléac, pero en rubio. Ella lo miraba con ojos vigilantes y enamorados. De propietaria, en una palabra. Su casa era una de las pocas del pueblo que tenía piscina y, gracias a las buenas relaciones de

vecindad, Gabriel –llámame Gabriel, me había pedido el señor Delalande– me confió el mantenimiento mientras él llevaba a su mujer a la costa vasca, al menos hasta principios de septiembre. En busca de la agitación del viento del sur, «el viento loco», como lo llaman por allí, y de las bofetadas del océano, había precisado, como para recordarnos hasta qué punto todo era insulso, triste y sin salida, en el lugar donde vivíamos.

El pago por el mantenimiento de la piscina me permitiría comprar una motocicleta cuando cumpliera los dieciséis. Victoire y yo habíamos visto una, una Motobécane de ocasión, una Azul en buen estado que vendía un jubilado del pueblo. Ya nos veíamos sentados los dos en el largo sillín de plástico con parches de cinta adhesiva negra, sus brazos rodeándome la cintura, mi mano izquierda sobre las suyas, su aliento en mi nuca, camino de una vida compartida.

Estaba ansioso por que creciese.

Estaba ansioso por que se evaporasen su gracia infantil y su aroma a jabón y a flores.

Estaba ansioso por que emanasen de ella las fragancias picantes y cálidas con las que me cruzaba en la estela de Pauline, en la de algunas chicas de mi clase de entonces, en la de ciertas mujeres por la calle.

Olor a piel. Olor a sangre.

Todas las mañanas la esperaba cerca de su casa. Todas las mañanas, ella pedaleaba hacia mí. Reía. Las esmeraldas de sus ojos brillaban. Y todas las mañanas, desde una ventana

del primer piso, la poetisa gritaba, antes de volver a sus versos melancólicos:

—¡No hagáis tonterías! ¡Tráela a la hora de comer!

Estábamos solos en el mundo. Éramos Victoire y Louis, una promesa rubia. Éramos inseparables.

Salíamos pitando hacia el Marque, el río que discurre hasta Bouvines —sí, como la batalla del mismo nombre, en julio de 1214—, y cuando nos dejábamos caer al suelo, agotados, le trenzaba alianzas de hierba, que ella se ponía riendo en sus finos dedos, y contaba el número de sus futuros hijos en el pliegue del meñique. Pero nunca me casaré contigo, insistía. Y cuando le preguntaba por qué, respondía que entonces ya no sería su mejor amigo. Yo ocultaba mi herida protestando:

—Claro que sí. Siempre seguiré siendo tu amigo, toda mi vida.

—No. Cuando dos personas se aman de verdad, pueden perderse, y yo no quiero perderte nunca, Louis.

Entonces saltaba como una cabrita y volvía a subir al sillín.

—¡Gallina el último!

La infancia me la seguía disputando. La infancia me la arrebatava.

De manera que me tragaba mis deseos de muchacho. Aprendía lo que era la paciencia, el dolor inevitable que conlleva.

Cuando volvíamos, a la hora tórrida de la comida, su madre nos había preparado un tentempié, como ella lo llamaba, a la sombra del frondoso tilo del jardín: jamón, menestra de verduras, limonada, en ocasiones una tarta hojaldrada de queso si el tiempo refrescaba, y de postre pudín o *mousse* de chocolate. Me gustaban los bigotes

que el cacao dibujaba en los labios de Victoire, soñaba con borrarlos con la lengua mientras, más abajo, dentro de mis pantalones, la sangre fluía, transformando mi pene en el sexo de un hombre ávido y hambriento. Entonces, por una mezcla de placer y vergüenza, bajaba la vista.

Por la tarde íbamos al jardín de los Delalande; lo cierto es que ella solo había visto una vez a Gabriel, pero había bastado para que lo encontrase guapo, «desesperada, mortalmente guapo».

Con la ayuda de una gran barredera, me ayudaba a retirar las hojas que flotaban en la superficie de la piscina. Una vez por semana debía comprobar el pH del agua con un analizador colorimétrico y asegurarme de que el nivel se mantenía en torno a 7,4.

Pero sobre todo nos bañábamos.

De vez en cuando competíamos a hacer largos. El estilo espalda de Victoire era fascinante, los movimientos de sus brazos recordaban a los de una patinadora. Cuando afloraba en la superficie, me daba la impresión de que podía emprender el vuelo. Desaparecer en el infinito azul. Abandonarme. Entonces me sumergía para atraparle los pies, para aferrarla a mí. Ella gritaba, fingía asustarse. Y su risa volaba muy alto antes de caer de nuevo en mi corazón. La atraía hacia las profundidades transparentes. Quería hundirme, hundirme con ella en un descenso sin fin, como en *Abyss*, y encontrar ese lugar, ese paraíso donde todo perdón es posible. Pero siempre acabábamos volviendo a la superficie. Al borde de la asfixia. Aterrorizados pero vivos.

Cómo me habría gustado morir con ella ese verano...

En ocasiones jugábamos con la pelota, pero su torpeza solía enviarla al fondo del jardín y me veía obligado a salir del agua para recuperarla. Ella me seguía con la mirada mofándose de mí, y yo me apresuraba a zambullirme de nuevo en la piscina, desplazando una impresionante cantidad de agua con el fin de impresionarla. Victoire alzaba los ojos al cielo, como resignada. Tenía los ojos rojos, como los de las mujeres que lloran. Las mujeres a punto de perderse. Su cabello rizado y mojado trazaba una corona sobre su frente.

Era mi princesa.

—Un día dejaré que me beses —murmuró una tarde, antes de alcanzar la escalerilla de la piscina con leves brazadas que dibujaban un camino de luz.

Tendidos el uno contra el otro en la zona de madera que rodeaba la piscina, dejábamos que los rayos del sol nos secaran. Ella llevaba bikini; la parte de arriba, sugere, ocultaba dos suaves abultamientos, y cuando se la quitaba para ponerse el vestido, me ordenaba que me diese la vuelta y me hacía jurar que no miraría. Si lo haces te mato, y te odiaré toda mi vida. Y yo reía muy alto y mi risa la ponía nerviosa mientras huía dejándome allí, solo, en el jardín. En nuestro Edén.

Donde se ocultaba la serpiente.

Mi madre se preocupaba.

Habría preferido que tuviera amigos de mi edad, chavales, verme las rodillas ensangrentadas al volver a casa por haberme peleado; las mejillas coloradas por haber corrido demasiado y oír mi taquicardia como un alegre redoble de tambor. Habría querido camisetas rasgadas,

cabañas en los árboles, caídas, astillas, clavos oxidados, ambulancias, sustos de madre y resurrecciones.

Habría deseado para mí una adolescencia áspera. Viril. Velluda. Temía que la falta de padre me convirtiera en un blandengue. Me apuntó a yudo, pero tras una mala caída por un *kuchiki-taoshi*, renuncié. Me inscribió en el club de fútbol juvenil, pero mi incompetencia me relegó al banquillo.

Por entonces era un niño que hablaba poco. Desconfiaba de la brutalidad, desconfiaba de los demás. De la violencia que salía disparada a la velocidad de un insulto. De los escupitajos, de la suciedad. De todo aquello que humillaba.

Los muchachos no me interesaban. Prefería la dulzura del silencio, la manera delicada que tenían las chicas de susurrarse secretos, de ruborizarse mientras diseñaban el mundo, de tejer sus entramados. Me atraían esos misterios.

A veces mis compañeros de clase se burlaban de mí, me empujaban por los pasillos, por la escalera. Un día, uno de ellos se atrevió a llamarme *Louise*, lo cual me hirió. Otro, un grandullón, trató de liarse a puñetazos. ¡Pelea! ¡Pelea si eres hombre! ¡Vamos! Me encogí de hombros, pero él me embistió con todo su peso. Sonaron risas malévolas, pero no me caí. Ni lloré. Me limité a protegerme el rostro. Mi madre no debía ver mi vergüenza, ni preocuparse, ni invocar al difunto cuya dolorosa ausencia me permitía ver la invisible belleza de las cosas.

Más tarde, cuando Victoire ya no estuviera a mi lado, me arrojaría a la melé de los hombres en los terrenos de juego. Me vendría abajo por efecto de los golpes que aniquilan la ternura y la imprecisa dulzura de los sentimientos. Y todas las veces rogaría por que esa parte de mi infancia se hiciera añicos y fuese destruida por completo.

Sin embargo, la violencia no prevalece sobre todas las cosas.

—No puedes pasar tanto tiempo con Victoire —repetía mi madre—, esas cosas no se hacen. Te recuerdo que todavía es una niña y tú ya eres casi un hombre.

—Tengo quince años, mamá. No me dirás que es una edad de hombre.

—Tuve un hermano, sé lo que es eso. Necesitas amigos.

—Ella es mi amiga.

—Pero ¿se puede saber qué hacéis todo el santo día juntos?

—Espero.

Esperaba a que ella creciera, mamá. Esperaba a que pudiese apoyar la cabeza en mi hombro. Esperaba a que su boca temblara cuando me acercase a ella. Esperaba esos aromas mareantes que dicen: ven, ahora puedes unirme a mí, perderte en mí, abrasarte. Esperaba poder decirle las palabras que no tienen vuelta atrás. Esas palabras que labran el camino de una vida compartida. De la alegría. Y a veces de la tragedia.

Esperaba a que ella me esperase, mamá. A que me diera el sí. Sí, Louis, llevaré tu alianza de hierbas y seré tuya.

—Espero.

Entonces mi madre me estrechaba entre sus brazos, me oprimía hasta asfixiarme a fin de hacerme entrar de nuevo en ella como en la época en que éramos tres, en que nada malo podía ocurrir, ni corazones rotos ni coches rojos.

—Eres como él, Louis. Eres como tu padre.

El último 14 de julio del siglo, el banquero llevó a su poetisa y a su hija a la orilla del mar.

Y Victoire me invitó.

Dos horas de coche y nos habíamos plantado en Le Touquet.

El dique era un hervidero de gente. Bicicletas, *skates*, patinetes, cochecitos y coches a pedales. Gritos. Algodón de azúcar. *Crêpes* y gofres chorreantes de Nutella. Recuerdo una felicidad edulcorada de tres al cuarto. Chubasqueros de colores claros sobre la piel desnuda, la arena que revoloteaba y escocía en los ojos. Vacaciones mal pagadas. Tiritonas de pobre.

En la playa, aquí y allá, pequeños biombos de tela para protegerse del viento. Familias apretujadas con el fin de no salir volando. Y de calentarse cuando el sol desaparecía.

A pocos metros de allí, constructores de siete u ocho años llenaban cubos de arena húmeda para edificar torrecillas y torreones, sueños quebradizos que no alcanzarían ninguna estrella, hasta que apareciera el cansancio y la cólera, que obligaba a aplastarlo todo. A lo lejos, varios carros a vela corrían por la orilla, y jinetes tranquilos cabalgaban al paso.

Más cerca, una pareja de cincuentones —él con un falso aire a lo Yves Montand en *Ella, yo y el otro*— se besaban en la

boca, con el impudor y la avidez de una adolescencia insaciable, ante las miradas reprobatorias y, en ocasiones, envidiosas, de los padres de familia de su misma edad y de algunas almas solitarias.

Nos instalamos en la playa, a la altura de la avenida de Louison-Bobet.

—Por aquí no hay tanta gente —decretó la poetisa—. Podré leer más a gusto.

El banquero plantó una gran sombrilla amarilla en la arena a fin de proteger la delicada piel de su lectora; luego desplegó dos sillas Trigano de tela azul que parecían dos charcos de agua, y se sentaron. De repente parecían dos viejecitos. Ella miraba las palabras de su libro. Él miraba el mar. Sus miradas dejaron de cruzarse. Las desilusiones habían ganado, aniquilando el deseo.

Victoire me agarró de la mano y nos alejamos gritando. ¡Vamos a dar una vuelta, ahora venimos! Corrimos hacia el golf, hacia las dunas, allí donde los niños pueden escapar de la vigilancia. Y en un rincón, al abrigo de todo, nos tendimos lado a lado sin soltarnos la mano. Jadeábamos al unísono, y yo imaginaba que, llegado el momento, nuestros corazones latirían a la misma velocidad. Temblaba.

Luego, lentamente, nuestra respiración se apaciguó.

—¿Te das cuenta de que tal vez dentro de seis meses llegue el fin del mundo y quizá muramos todos? —dijo ella.

Sonreí.

—Es posible.

—¡El fin del mundo! El fin de ti, de mí, el fin del chiste tonto de mi padre con mi nombre de pila; ¡el fin, el fin, el fin! En todo caso, hay gente que lo ha anunciado. E incluso los hay que preparan su última Nochevieja en un desierto, por ejemplo. Menuda estupidez.

—A mí no me lo parece.

—¿Qué harías tú si llegara el fin del mundo?

Me ruboricé ligeramente.

—No lo sé, pero no creo que llegue el fin del mundo.

—Lo dices porque estás enamorado de mí y, si *realmente* llegara el fin del mundo, habrías estado enamorado por nada.

—En absoluto. Soy muy feliz contigo así, muy feliz tal como estamos.

—¿Ni siquiera querrías besarme?

El corazón se me aceleró.

Por supuesto que quería besarte entonces, Victoire, y tocarte, y acariciarte, y atreverme a hacer gestos temerarios, y hablarte de mi larga espera de ti, de mi corazón que retumbaba todas las noches, de mis manos que temblaban cuando tocaban mi piel al imaginar que se trataba de la tuya, de mis dedos que soñaban con tus labios como un fruto maduro, con esa boca hambrienta y cruel que a veces insinuaba un vocabulario de mujer. Una impetuosidad de mujer.

No obstante, los grandes amantes son, a su vez, grandes tímidos.

—Sí —dije finalmente—. Sí. Y si llegara el fin del mundo, ese sería mi último deseo.

—¿Cuál?

—Besarte.

Una risita cantarina surgió de ella. Un cascabel.

—¡Pues ahí va!

Se volvió con viveza. Su boca aplastó la mía, nuestros dientes entrechocaron, nuestras lenguas se probaron un segundo, estaban saladas, cálidas, y luego todo acabó; ella ya estaba de pie y reía.

—¡Tampoco se acaba el mundo por un beso!

Después desapareció detrás de la duna de arena, revoloteando como una pluma.

Y me entraron ganas de llorar.

La reencontré en la playa. El mar empezaba a retirarse. Victoire subía hacia la arena, donde sus padres ya no esperaban nada. Traídos por el viento, los ridículos gritos de las gaviotas se burlaban de mí. Cuando estuve a su altura me miró, su sonrisa era triste y dulce.

—No sé si estoy enamorada de ti, Louis, aunque me siento bien a tu lado. Amar significa poder morir por alguien. Es cuando te pican las manos, te arden los ojos y dejas de tener hambre. Y a mí no me pican las manos contigo.

Su infancia me estaba matando.

No lejos del banquero y de la lectora, dos viejecitos intentaban entre risas extender la toalla de playa sobre la arena, pese al viento y a sus manos anquilosadas.

Al mirarlos, nos imaginaba a Victoire y a mí, al final de una vida compartida, de una odisea magnífica; nos marchábamos de aquí abrazados sobre una motocicleta para volver, medio siglo después, al lugar de nuestro primer beso e intentar extender juntos una toalla de playa.

Pero Victoire corrió al encuentro de un mundo sin mí. Sin mi amor paciente. Sin mi impaciente deseo.